

## ***SOBRE LA APROBACIÓN DEL MATRIMONIO GAY EN URUGUAY***

*Paulo Ravecca\**

¿Escribir o no escribir críticamente sobre el “matrimonio igualitario”? Qué dilema. La alegría que hay alrededor de esta conquista en estos días emociona genuinamente a todo aquel que sabe, o supo, lo que es ser *el otro*, el discriminado. Pienso, además, en el tremendo esfuerzo que tantas personas han puesto para llegar a este desenlace. Son precisamente la empatía y el respeto por esos dolores y por esos esfuerzos los que, finalmente, me deciden a compartir estas líneas.

La aprobación del matrimonio entre personas del mismo sexo constituye un desplazamiento en los modos de regular la diferencia que reintroduce nuevas formas de opresión y de *desigualdad*. El actual proceso de *mainstreaming* (o de normalización) de *lo gay*, del cual “el matrimonio” es un componente fundamental, tiene dobles y triples filos. Por ello es que movimientos e intelectuales críticos de diversos países se abocan hoy a cuestionar fenómenos como el homonacionalismo, neologismo creado por la teórica de origen

---

\* Paulo Ravecca es docente del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de la República. Magíster y Candidato a Doctor en Ciencia Política por York University (Toronto, Canadá).

indio Jasbir K. Puar que refiere a la apropiación nacionalista y a la instrumentalización política que los gobiernos hacen de la agenda lgtb.<sup>1</sup> Otros asuntos debatidos actualmente son la neoliberalización y elitización de lo gay, el creciente abandono del clivaje de clase por el feminismo y las organizaciones lgtb “oficiales” e incluso su participación en discursos y empresas racistas (internamente) e imperialistas (externamente), así como la creación de un establishment cuasi-estatal proveniente de los movimientos sociales y su consiguiente domesticación política. A través de todos estos desplazamientos la causa de la diversidad sexual estaría siendo despojada de su poder “disruptor” y de su fuerza creativa.<sup>2</sup>

El matrimonio entre personas del mismo sexo es una medida que beneficia fundamentalmente a la clase media y alta. El hecho de que este paso se vea como un “cambio histórico” y como “la gran conquista” universaliza discursivamente una (im)posición de clase y ciertas formas (“respetables”) de vida, reproduciendo múltiples subalternidades. Una “identidad” que ha sido tradicionalmente asociada a la experimentación y la trasgresión en el campo de la sexualidad y la subjetividad (por eso tan denostada por los conservadores) entra finalmente por el gran portal de la normalidad (y por eso ahora cada vez más conservadores *nos* pueden aceptar).<sup>3</sup> Ahora, los gays y (siempre en menor medida) las lesbianas, si se quedan en el *molde*, pueden defender a la nación (integración en las FFAA), reproducirla (matrimonio, adopción) y sobre todo alimentar el imaginario de una sociedad tolerante y moderna que *hasta* deja que

1 Ésta es una reducción un tanto grosera del concepto: el homonacionalismo involucra al Estado-Nación en sí mismo (no meramente a “los gobiernos”) y además está relacionado con una vía de acceso a la modernidad. Posee, por tanto, una dinámica compleja y alejada de cualquier formato “conspirativo” que se pueda “denunciar”. Asimismo, no es únicamente “lo lgtb” lo que está involucrado en dicha dinámica sino que ésta abarca incluso, y especialmente, a “lo queer”, complejidad en la que no ingreso aquí. En este trabajo me apropio estratégicamente de un aspecto de la categoría.

2 El poder es siempre productor. Me refiero a su poder creativo “progresista”, por así decir.

3 Este señalamiento no implica que seamos más “libres” en contextos donde lo lgtb es concebido o experimentado como transgresor. Eso depende

“se casen”. Esta incorporación subordinada al listado de los sujetos deseables de la nación es una transformación simbólica que tiene sus costos.

El caso de las FFAA es paradigmático. ¿Qué ha de cuestionarse, la hiper-masculinidad violenta y opresiva propia de esta institución o el hecho ser excluidos y excluidas de la misma? El discurso lgtb internacionalmente dominante ha optado por lo segundo, mostrando que gays y lesbianas *también* pueden ser buenos y orgullosos patriotas, verbigracia, matar iraquíes o afganos (incluyendo, claro está, a su población lgtb en la masacre: las bombas no discriminan). *La norma de género* resulta así reforzada por formas homonormativas de aceptación de la diversidad sexual, que además cambia de significado ideológico. Paradojalmente, el espacio de la diversidad se estrecha con violencia.

El matrimonio, por su parte, y disculpas por decir una obviedad, ha sido una marca de respetabilidad de la forma de vida burguesa, y está radicalmente implicado en la reproducción de clase y sus dispositivos, como el derecho de propiedad y de herencia (ahorro al lector las referencias a Engels, a Reich, Beauvoir, etc., y a discusiones muy antiguas y reelaboradas desde hace décadas en diversas direcciones). Es cierto que los gays “le hacen algo” a la institución matrimonial cuando se casan (los intelectuales con sensibilidad *queer*.<sup>11</sup> se percatan de ello), pero no es menos cierto que el ingreso en ese mundo también nos “hace algo”. La obsesión con el matrimonio conlleva la deslegitimación de aquellos modos de vida e identidades alternativos a la familia hetero/homonormativa. El mismo amor, el mismo nombre, los mismos derechos. ¿El mismo amor? ¿El mismo nombre? ¿Los mismos derechos? ¿Pero qué amores-otros y nombres-otros están siendo excluidos de esos “derechos” cuando celebramos la conquista del *matrimonio*? No deja de ser paradójico además que “lo gay” colabore en rescatar una institución “conservadora” en vías de caducidad. La broma que circuló en estos días sobre la iglesia católica oponiéndose al “divorcio gay” en el futuro cercano resulta significativa a este respecto. Julio María Sanguinetti ya lo dijo, aunque en clave secular: los homosexuales quieren

formalizar y proteger la institución matrimonial. Déjenlos. Y nos dejan.

La diversidad sexual como discurso ha abandonado la radicalidad para pasar a estar representada por dos esbeltos muchachos de camisa inmaculada y apartamento de clase media, que caminan apaciblemente por algún barrio más o menos acomodado con su bebe sonriente en el cochecito y cuyo perro, diminuto y molesto, recién llegó de la peluquería. (En el Río de la Plata la conversación entre ellos quizá tenga ese inconfundible aire *psi* de superación, que también puede ser molesto). A ese mundo feliz ingresan los que pueden. Los bancos hoy sponsorean las marchas gay en el mundo, nos dan créditos especiales, nos quieren. En otras palabras, “el mercado” nos integra y eso nos separa de la lucha por la justicia social. Judith Butler, entre otros, ha hecho un giro recientemente hacia este motivo: si aislamos la lucha por la diversidad de otras luchas, terminaremos implicados en la opresión de otros (otros que son nosotros).

En el norte los gays “viajan” al *mainstream* de la sociedad a través de *mediaciones de desagregación* racista, clasista, orientalista y de ciudadanía. El gay es imaginado como blanco, occidental, de clase media, saudable y otros atributos que hacen al privilegio. En suma: ser “gay” es un privilegio. Correlativamente, el respeto hacia “la comunidad lgtb” es un símbolo de modernidad. Esto tiene implicaciones hacia adentro y hacia afuera del Estado Nación. No es casual que el discurso público identifique comunidades enteras como homofóbicas (negros, inmigrantes, latinos, “los pobres” y, sobre todo, “los musulmanes”, a quienes se les asigna una heterosexualidad violenta y primitiva). En nombre de los derechos civiles se justifica el *racial profiling* y la vigilancia policiaca de estos grupos “atrasados”. Se reinscribe además, con nuevos bríos, la diferencia imaginada entre Oriente y Occidente<sup>4</sup> (el caso de Israel y

4 El “orientalismo sexual”, esto es, la imagen de un oriente bárbaro que no respeta a gays y mujeres fundamenta la retroalimentación entre la agenda de la diversidad sexual y el imperialismo norteamericano. Esto tiene efectos para la identidad gay puesto que se trafica una forma de pensar el homoerotismo centrado en parámetros “occidentales” y específicamente en el “relato de Stonewall”, invisibilizando las innumerables formas de nombrar y experimentar las relaciones homoeróticas

el llamado *pinkwashing* es significativo a este respecto). En el plano externo, a las mujeres blancas que rescatan a las mujeres “de color” de las garras de los hombres “de color” (feminismo liberal) ahora se suman los gays blancos que rescatan a los gays “de color” de los heterosexuales “de color” (gay internacional).<sup>5</sup> Las relaciones internacionales y el imperialismo también tienen “sexualidad”.<sup>6</sup>

Todas estas dinámicas operan de forma particular en un país como Uruguay, que participa solo marginal y subordinadamente del discurso “occidentalista”, donde no hay “terroristas” o musulmanes en números significativos (aunque supongo que se asume la heterosexualidad de “los peruanos” que viven en la Ciudad Vieja y de los residentes “del Marconi”), entre otras muchas especificidades que conviene atender.

El “Uruguay batllista”, está culturalmente<sup>7</sup> resquebrajado y da manotazos de ahogado entre “planchas” –esos que tanta gente quiere exterminar y el Estado mandar a la cárcel desde lo antes posible– y “nuevos uruguayos”. Esta ley, junto a otras “de vanguardia”, aparece como contrapunto pues tiende a reactivar el imaginario dañado de la Suiza de América, un “pequeño gran país” que con orgullo muestra al mundo cuán civilizado, tolerante y plural es. Como los “países del primer mundo”, y adelantándonos a muchos de ellos,

---

en el mundo. Se deshistoriza además convenientemente la sexualidad, olvidando activamente que el colonialismo europeo exportó en muchos casos la homofobia y la “diferencia sexual” a lo que eran sociedades más abiertas en ese aspecto (piénsese en la figura de las personas con “doble espíritu” de los pueblos indígenas de América del Norte).

5 Esta formulación la tomo de una intervención que Jasbir K. Puar realizó hace algunos años en la Universidad de Toronto.

6 Capitalismo, género y patriarcado, “raza” y racismo y (dis)capacidad son relaciones sociales con vínculos irregulares y complejos entre ellas, que no pueden ser resueltos a golpes de voluntarismo teórico o político ni con buenas intenciones (recordemos aquellos pasajes del volumen I del *Capital*, donde Marx, con esa apertura interpretativa tan propia de él, mostraba cómo las relaciones capitalistas ayudan a desanclar y desestabilizar a la familia tradicional, pero reinscribiendo nuevas formas de opresión –uno agregaría, también “de género”).

7 El aspecto de la lucha política que esta izquierda, tan anti-gramsciana, parece haber olvidado por el camino.

dejamos a los gays casarse. (Como ya dije, el homonacionalismo es un modo de devenir “civilizado”). Así, mientras “unos” *ganan derechos* “otros” *los pierden*.<sup>8</sup> ¿Unos, otros? Cuando se habla de los gays y sus derechos, ¿se piensa en un “plancha” o en un “menor”? Porque de seguro hay gays planchas y menores. ¿Quién es gay? ¿Qué es *gay*, entonces?

“Gay” es “resuelto” en tanto bien de consumo para la gubernamentalidad uruguaya, por así decir: un sujeto “socialdemocrático”, post-batllista, frenteamplista moderado o colorado “progresista” (eventualmente apartidario), que quizá trabaje en el Estado o en la universidad, quizá en una empresa privada. Esta figura es el no-plancha por antonomasia. El gay así definido puede, cuando es medio díscolo, “solidarizarse” e incluso “aliarse” –sobre todo expresándose en facebook y en las redes sociales– con todos los “otros” quienes sufren la creciente fascistización y embrutecimiento colectivo en torno a la “seguridad”, pero en el fondo el tema no le quita el sueño (porque *no nos quita el sueño*, literalmente). Hay una división de clase dentro de la comunidad lgtb como en cualquier comunidad “identitaria” que no se soluciona con buenas intenciones. Y “gay” es una marca de clase.

*El matrimonio igualitario es a la diversidad sexual lo que las políticas sociales focalizadas son a la justicia y la libertad.* Y quizá tenga como correlato disimulado sus propios “operativos de saturación” (razias, en buen romance). El posibilismo y la “sobre-adaptación” política de la izquierda<sup>9</sup> y de la diversidad sexual tienen sus riesgos. En el caso de la segunda, no es conveniente despreciar “las conquistas” jurídicas pero tampoco fetichizarlas. Es preciso trabajar en la inscripción cultural de dichas conquistas pues los cambios legislativos se vinculan de formas complejas con la regulación so-

8 El mismo país “de avanzada” que casa a unos, caza a otros, bajando o pensando en bajar la edad de imputabilidad (hecho simbólico de suma relevancia). Todo al mismo tiempo, incluso el mismo día: de hecho, cuando el matrimonio igualitario se aprobó en diputados por primera vez, se aumentaban por unanimidad las penas para los “menores infractores” en la cámara alta.

9 Incluso “socialismo” como rúbrica política dejó de ser un proyecto de impugnación del capitalismo y de construcción de un orden distinto.

cial. En estos tiempos, urge sostener la “cultura crítica” (evitando que el oficialismo o la “actitud oficialista” nos prohíba pensar). En este sentido vale señalar que muchos heterosexuales que nos discriminaban cruelmente hasta antes de ayer hoy están hiperexcitados y “orgullosos de ser uruguayos” por la aprobación de esta ley y mandan mensajes celebratorios a sus amigos-gays-de-facebook. Dicen amén a los discursos dominantes de la hora. Nada más ni nada menos, y esa actitud de rebaño es y será siempre peligrosa. Seguramente, la discriminación y el estigma se movieron de lugar, pero su lógica sigue incólume.

Estas líneas no constituyen un cuestionamiento, al menos en el sentido más corriente de la palabra, a los movimientos sociales uruguayos y mucho menos a los activistas de Ovejas Negras que, hasta donde sé, siempre han trabajado el problema de la multiplicidad de las relaciones de opresión. Sin embargo, todo movimiento precisa un afuera reflexivo que se sume a la reflexión interna. El activista y el político casi que por definición no pueden de-construir radicalmente el sentido de su propio accionar y sus consecuencias. Eso sería pedirles desestabilizar las condiciones de posibilidad de su propio rol histórico (esto es, un suicidio político). Tampoco es éste un pronunciamiento contra el “matrimonio igualitario”. Es sí una declaración de incomodidad frente al ambiente anti-teórico y anti-reflexivo que prima en Uruguay hoy en torno a este tipo de temas, el cual no ayuda a la imaginación política. (Algo se pierde, en este sentido, cuando la universidad y la “sociedad civil” se sientan en las sillas de la burocracia estatal –que se gana, es evidente). Y sí es un señalamiento de que el significado del matrimonio entre personas del mismo sexo no lo da únicamente la intencionalidad política de quienes lo aprobaron o lo promovieron. Es mucho más complejo que eso y este dispositivo institucional y cultural del matrimonio es sumamente polivalente, algo que no parece haber sido dicho desde una posición crítica y de izquierda hasta ahora. Al menos yo no lo leí.

Esta ley es hija del dolor de muchos, y eso se respeta, pero esta ley se inserta en procesos sociales complejos que la resignifican y la capturan, reproduciendo el dolor de otros. *Las tecnologías de*

*dominación “viajan” más rápidamente, y son más flexibles, que las categorías con las que tratamos de entenderlas.* Los discursos de la diferencia corren el riesgo de traficar la normalización de la desigualdad.<sup>10</sup> Los discursos de la diversidad no enfrentan, o incluso alimentan, tanto al neoliberalismo como a la socialdemocracia *light* y culturalmente fascistizada en la que vivimos hoy.<sup>11</sup> “Matrimonio igualitario” es, finalmente, una formulación rayana en el oxímoron pues, en definitiva, se trata de una institución que opera en sociedades atravesadas por relaciones de poder que marcan a fuego su funcionamiento reelaborando viejas jerarquías y produciendo nuevas. Ni las buenas intenciones ni el compromiso apasionado eximen del trabajo de la crítica.

Es por tanto necesario salirse de las dicotomías del tipo “matrimonio sí, matrimonio no”. La polarización entre cierto trogloditismo anatemizante y la (entendible) reacción que el mismo genera empobrece la conversación. Deben emerger otras voces que enriquezcan el debate y que introduzcan la experiencia comparada por un lado y las innovaciones conceptuales de hoy por el otro,<sup>12</sup> entre otras

10 No hay forma de dismantelar la complejidad ideológica de la diversidad sexual hoy sin el marxismo. El proceso sufrido por el activismo internacional es paralelo al de las ciencias sociales a este respecto. Mientras que las “ciencias sociales serias” (relaciones internacionales, ciencia política y economía), abrazaron el liberalismo y dejaron de hablar de la clase social, los académicos “multilocos” (estudios culturales y afines) también dejaron de hablar de economía política y se pusieron a especular sobre el lenguaje, las minorías, la subjetividad etc. Posmodernismo y liberalismo, juntos, le hicieron bullying al marxismo. El marxismo, maltratado, es un subalterno peligroso e infame, pero un subalterno al fin. Es crucial cruzar las fronteras identitarias, teóricas y sociales, para generar cambios: sólo una política de la porosidad de las identidades puede ser progresista.

11 Es necesario superar tanto el economicismo como el reduccionismo cultural en la aproximación a la política radical. Ambos son liberales en su “mecánica ideológica” pues proceden con la lógica de la segmentación y oscurecen cómo el poder opera. Si “clase” es también una entidad cultural, gay es además un artefacto de economía política. Una nueva hegemonía de izquierda supone, me parece, una reconfiguración identitaria que incluye economía política.

12 Me impactó leer una columna de un político del Frente Amplio que parece haber descubierto hace unos pocos meses que la sexualidad es una cuestión política, que no es una cuestión “privada”. Con ese nivel de discusión no se puede llegar lejos. Las élites políticas tienen el deber de estar informadas.



muchas contribuciones posibles. Las redes sociales, la prensa más “progresista” y los propios movimientos sociales han hasta ahora presentado una mirada (comprensible e, incluso, compartible) que ha ser complementada o “contrapunteada” para ganar en perspectiva histórica y teórica (o sea, política). Hablando de diversidad, en suma, necesitamos la habilitación de la pluralidad de enfoques y abrir el espacio para la reflexión tranquila: ya tenemos el derecho al matrimonio, y ese alivio puede habilitarnos a abrir nuevas líneas de sentido y pensar más libremente.

La ausencia de reflexión y profundidad no es patrimonio de la derecha y “los conservadores”, como tampoco lo es el fascismo en el modo de lidiar con la alteridad. Basta pensar en algunas de las reacciones frente al episodio de discriminación de hace unos dos años en el bar Viejo Barreiro o los discursos, francamente grotescos, en torno al “cura pedófilo” como estrategia para deslegitimar a la Iglesia Católica.<sup>13</sup> O incluso en la falta de una reflexión colectiva (del lado “progresista”) más sutil en el caso de Tania Ramírez (¿dónde está el subalterno?, ¿quién es?).<sup>14</sup> Para no caer en una dialéctica del empobrecimiento más vale hacernos de armas conceptuales y subjetivas potentes contra el peor enemigo de la libertad y la igualdad: la simplificación. Para ello es preciso ejercer el delicado don de la (auto) crítica y resistirse a decir amén a los consensos de la época.

13 La figura del cura pedófilo movilizada en el “campo progresista” posee una lógica análoga a la del “terrorista” de los conservadores de Norteamérica: crear discursivamente un sujeto deshumanizado carente de derechos de réplica (o caren- te de derechos a secas). El otro es tan horrible que no puede hablar. El recurso del “cura pedófilo” es además profundamente regresivo pues al producir al otro como monstruoso no permite entender las condiciones sociales (que nos involucran) e institucionales que hacen posible semejante acto de abuso de poder.

14 Este evento se transformó en un caso de violencia racista porque la víctima es miembro de una nueva élite progresista. Paradojas de la política que no son responsabilidad de “alguien” pero que invita a desestabilizar nuestra posicionalidad. No ingreso en otras cuestiones más delicadas, referentes a quién en definitiva “está abajo”, y quién es el subalterno o el discriminado en esta situación, por temor a ser malentendido. Además, dado el discurso repulsivo de un sector importante de la sociedad uruguaya, que niega (y celebra solapadamente) el racismo, y que lo que pasó fue sencillamente horrible, la falta de espacio para la reflexión crítica en este contexto se vuelve entendible.

